



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Reverberaciones feministas

Autor:
Wallach Scott, Joan

Revista
Mora

2003/2004, N° 9 y 10, pp. 4-22



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA



Reverberaciones feministas¹

Joan Wallach Scott*

RESUMEN

Discurso inaugural del Congreso de Historia de las Mujeres de Berkshire (junio de 2002). Diversas instancias de la historia de los feminismos en el mundo, enmarcan el análisis de Scott sobre la crisis política mundial desatada por los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 y el papel que puede cumplir la metodología y la analítica feminista del poder para criticar las "unidades ficticias" que se pretenden imponer sobre la ciudadanía a partir del supuesto enfrentamiento entre "Occidente" y "los otros".

Scott utiliza 'reverberación' como concepto clave para explicar los movimientos de 'traducción' y 'resonancia' sincrónica y diacrónica, de categorías y de metodologías que han caracterizado al feminismo desde sus orígenes.

Palabras clave: diferencia – unidades ficticias – analítica del poder – metodología feminista – Mujeres de Negro

ABSTRACT

Keynote Speech for the 12th Berkshire Conference on the History of Women (June 2002). Several moments in the history of feminisms around the world, frame Scott's analysis of the global political crisis unleashed by the events of September 11, 2001, and the role that feminist methodology and analytics of power can play to critique the "fictitious unities" imposed on citizenship as a result of the alleged confrontation between the "West" and "others".

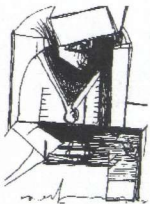
Scott uses 'reverberation' as a key concept to explain the synchronic and diachronic movements of 'translation' and 'resonance' of categories and methodologies that have characterized feminisms from the beginning.

Keywords: difference – fictitious unities – analytics of power – feminist methodology – Women in Black

En marzo de 1942, solo unos meses después de que EE.UU. entrara en la Segunda Guerra Mundial, el presidente del comité organizador del encuentro anual de la *American Historical Association* (AHA), el historiador de Yale, Stanley Pargellis, le escribió a la profesora del Hunter College, Dorothy Ganfield Fowler, en su calidad de secretaria de la *Berkshire Conference of Woman Historians* (Congreso de Mujeres Historiadoras en Berkshire). Recurría a la Sra. Fowler para pedir su consejo (así se dirigía a ella, aunque todos los hombres mencionados en la carta reciben el trato de Profesor). El tema general del Congreso de 1942 era, como correspondía, "Una civilización en Crisis" y el comité organizador (que inicialmente se las había arreglado para no incluir a mujeres en sus filas) esperaba poder organizar un panel sobre las mujeres y las grandes crisis de la civilización. Pargellis pensaba que si podían dar con los especialistas apropiados (hombre o mujer), "podríamos llevar a cabo un panel original e importante de dos o tres trabajos, uno sobre los cambios en las funciones de las mujeres en el siglo quinto o dieciséis y otro sobre la naturaleza del problema en la actualidad"². Fowler le envió los nombres de dos especialistas: la Dra. Pearl Kibre, medievalista, y la Dra. Mary Sumner Benson, americanista que trabajaba los siglos dieciocho y diecinueve. Asimismo—demostrando ser un modelo de ecuanimidad disciplinaria—, sugirió que lo mejor sería que el tema de la condición actual de las mujeres fuera discutida más informalmente por los miembros del público, ya que existía poco material confiable para llevar a cabo una investigación seria.³ Al día siguiente, el Profesor Pargellis rechazó de plano esta propuesta:

Estimada Sra. Fowler—escribí—, me alegra saber de su interés en el tema sobre el que le escribí, pero debo confesar que me desilusionó saber que se ha prestado tan poca atención a cómo la condición de las mujeres refleja el carácter de una civilización. Por su carta, entiendo que tanto la Dra. Kibre como la Dra. Benson se han abocado únicamente a tratamientos descriptivos, y que no hay nadie que pueda manejar una enfoque más interpretativo para los grandes períodos críticos. Si realmente he comprendido bien su carta, creo que sería mejor abandonar los planes para armar un panel sobre este tema tan importante.⁴

Varios días más tarde, Fowler le respondió asegurándole a Pargellis que las especialistas que le había recomendado eran sumamente capaces de ofrecer un enfoque interpretativo y propuso que la *Berkshire Conference* asumiera toda la responsabilidad por el panel.⁵ Pargellis respondió que "sin que signifique compromiso



¹ Discurso inaugural de la *12th Berkshire Conference on the History of Women*, "Conocimiento local ? Conocimiento Global", 6-9 de junio de 2002, Universidad de Connecticut en Storrs, EE.UU. Este trabajo será publicado en *differences*, 13:3, Febrero 2003.

² Schlesinger Library. Mc 267 Documentos de la *Berkshire Conference of Women Historians*. Carta del 6 de marzo de 1942.

³ *ibid.*, marzo 18, 1942.

⁴ *ibid.*, marzo 19, 1942.

⁵ *ibid.*, marzo 23, 1942.

alguno de nuestra parte”, el comité organizador estaba dispuesto a dejar que las historiadoras continuaran explorando otras posibilidades. Su carta continuaba describiendo sus expectativas en forma muy condescendiente, definiendo la terminología (“por cambio radical nos referimos a algo más profundo y más a largo plazo que una guerra...”) y los períodos temporales (“En relación a la Revolución (Norte)Americana, hemos llegado a la conclusión de que no tiene la suficiente importancia sostener que el cambio del medievalismo a la modernidad fue un período de crisis”)⁶ Fowler le contestó muy educadamente que discutiría todo esto con sus colegas en el siguiente encuentro de la Berkshire, aunque no hay correspondencia después de ese intercambio.⁷ De todas maneras, la AHA no hizo su encuentro anual en Diciembre de 1942. Fue cancelado a pedido del Departamento de Transporte de Defensa (el equivalente al Departamento de Seguridad Interior). En su lugar, la AHA publicó una serie de trabajos que habían sido escritos para el encuentro; dado el intercambio epistolar mencionado, no resulta sorprendente que el tema de las mujeres en la historia no estuviera entre ellos.⁸

Menciono este incidente por varias razones. Primero, porque nos permite un instante para felicitarnos a nosotras mismas por el rol que ha cumplido la *Berkshire Conference* para que las mujeres y la historia de las mujeres sean integrales a la profesión y a la disciplina. Hemos transitado un largo camino en sesenta años, al menos en lo concerniente a algunos objetivos feministas. Y creo que reconocer este hecho y reconocer el rol de estas tempranas pioneras es una buena forma de comenzar este congreso. Segundo (y esto no es motivo de celebración), estamos una vez más en un período de grave crisis, casi a las puertas de otra guerra mundial, como parece por momentos. Casi treinta años de investigaciones sobre la historia de las mujeres—en gran parte nutrida por estos congresos, un crisol para los debates teóricos y fundamentales del feminismo—han garantizado que esta vez estemos en posición de brindar una interpretación crítica. (¡Stanley Pargellis añoraría aquellos días de la historia descriptiva de las mujeres si tuviera que vérselas con nosotras!) El feminismo nos ha enseñado a analizar las operaciones de la diferencia y los funcionamientos del poder y podemos extender estos análisis a muchos ámbitos diferentes. Lo que Wendy Brown ha denominado la analítica feminista del poder es uno de los resultados de los estudios feministas de la Segunda Ola. De hecho, una de nuestras primeras aseveraciones—que el estudio de las mujeres y del género brindaría análisis de la política más allá de las relaciones entre mujeres y hombres—ha sido confirmada muchas veces en los últimos veinte años.⁹ El tema que trataré hoy es la analítica feminista del poder. Deseo reflexionar sobre las enseñanzas que nos deja en la medida en que se aplican a la crisis actual, a la historia de las mujeres

⁶ Ibid., marzo 27, 1942.

⁷ Ibid., abril 22, 1942.

⁸ Pargellis, Stanley, comp. (1944), *The Quest for Political Unity in World History*, Volumen III del Informe Anual de la American Historical Association para el Año 1942. Washington DC: United States Government Printing Office.

⁹ Brown, Wendy y Wallace Scott, Joan. “Power”, en Gilbert Herdt y Catherine Stimson, comps., *Critical Terms for Gender Studies*, University of Chicago Press, en prensa.

y del género, y a los temas de lo global y lo local que atraviesan estos ámbitos aparentemente tan dispares.

Unidades ficticias

Aunque el título de esta conferencia—Conocimiento Local ⇔ Conocimiento Global—fue elegido mucho antes del 11 de septiembre (de 2001), plantea una buena problemática para un tiempo de crisis, aunque no transmite ninguno de los sentimientos de urgencia, ira y desesperación que muchas de nosotras hemos sentido en estos últimos meses. Las flechas colocadas entre las dos esferas (local y global) apuntan en ambas direcciones, insinuando interacción, intercambio: dos flujos bi-direccionales de información, población, tecnología, mercados, capitales, recursos naturales, objetos culturales, significados culturales, enfermedades y sus curas. En nuestros análisis de lo global/local hay un lugar—aunque no en estas representaciones icónicas—para las asimetrías del poder, para la dominación y la resistencia, incluso para la interpenetración y la hibridación (y estoy segura de que oiremos hablar mucho de estos temas en los próximos días). Lo que no puede ser capturado por el título ni por esas flechas benignas, que son en realidad señalamientos direccionales y no instrumentos de agresión, son las imágenes horrosas de ataques terroristas y de guerra sin cuartel que hemos visto últimamente. Las torres del *World Trade Center* implosionando, bombas suicidas que explotan, nuestras armas de destrucción masiva buscando localizar y destruir a los terroristas y a sus armas de destrucción masiva, tanques aplastando casas con sus habitantes aún adentro, una fuerza de ocupación brutal destruyendo gratuitamente la infraestructura de un estado que quiere nacer. Escenas desgarradoras en periódicos y la televisión: rostros crispados en un dolor indecible; refugiados que corren y gritan, o que huyen silenciosos del humo y el fuego; familias destruidas llorando sus pérdidas; civiles apabullados buscando entre las ruinas, ensangrentados, sin techo, hambrientos; oradores iracundos machacando su veneno contra enemigos externos; banderas en llamas, insignias de odio garabateadas sobre edificios en ruinas; amargas acusaciones y disparos entre las fronteras minadas: Pakistán, India, Afganistán, Israel, el Líbano, Nueva York. La amenaza de las armas nucleares ya no puede ser contenida por los pactos que aseguraban la destrucción mutua durante la Guerra Fría, por lo que los temores a la devastación, que se habían acallado en otro tiempo, retornan ahora. Con inquietud, reflexionamos sobre las conexiones entre sangre y petróleo, ¿es que el derrame de una garantiza el flujo del otro? Los líderes de EE.UU.—la única gran superpotencia—ponen en riesgo de manera flagrante en el plano nacional e internacional el imperio de la ley que tanto dicen es su misión proteger. La Ley Patriota de EE.UU. (promulgada en octubre de 2001) elimina el control judicial de la represión y vigilancia gubernamental sobre individuos y organizaciones y autoriza allanamientos, confiscaciones y detenciones que en otro caso podrían ser inconstitucionales. En los últimos meses hemos sido testigos de la detención de personas sospechosas por su origen étnico, sobre la base de las pruebas más endebles, la creación de tribunales militares, el silenciamiento del disenso crítico (incluida la suspensión de profesores en algunas universidades por expresar opiniones pro palestinas—en general árabes o, en un caso, el traductor de un clérigo musulmán encarcelado—), la abrogación unilateral de tratados internacionales, el

desprecio flagrante por los instrumentos de la ley internacional, como por ejemplo la Convención de Ginebra, y la adopción irresponsable de una diplomacia del cowboy, del "mandarse solo". Y todo justificado en nombre de una visión moral apocalíptica revelada a estos guerreros resucitados de la guerra fría, cuyas acciones parecen intensificar y no disminuir las probabilidades de conflictos mayores y más peligrosos. La acertada caracterización de Clifford Geertz "El mundo en pedazos", una referencia metafórica a la fractura de identidades y alianzas a nivel local y global, ahora tiene la fuerza de una predicción literal.¹⁰ "Paz en el mundo" decía nuestra canción de protesta en los años cincuenta, "o el mundo en pedazos".

El informe de Stanley Pargellis a la AHA en 1942 se titulaba "La búsqueda de la unidad política en la historia mundial". Sesenta años después esta búsqueda parece, en el mejor de los casos, ingenua. Y nadie está ofreciendo la unidad del mundo como una forma de salir de la crisis actual. O sí lo hacen, esta unidad se plantea en términos marcadamente binarios: alianzas del bien contra los ejes del mal, racionalismo secular occidental contra fundamentalismo religioso islámico, modernidad contra tribalismo primitivo, la razón de estado contra las fuerzas del terrorismo. Se trazan líneas y se producen categorías para dar una coherencia esquemática a los manejos sucios de la política local, nacional, regional e internacional.

Como feministas hemos aprendido a sospechar de estas categorías—Denise Riley las ha bautizado "unidades ficticias"—porque a la vez que ofrecen términos para la identificación, crean jerarquías y oscurecen las diferencias que necesitan ser resaltadas.¹¹ (Paradójicamente, el hecho de que sean ficticias, no significa que sus efectos no sean muy reales.) Sabemos ahora que "hombres" y "mujeres" no son simples descripciones de personas biológicas, sino representaciones que consolidan sus significados a través de contrastes interdependientes: fuerte/débil, activo/pasiva, razonable/emocional, público/privado, político/doméstico, mente/cuerpo. Un término obtiene su significado en relación con otro y también con otros pares binarios contiguos. De hecho, "el otro" es un factor (negativo) crucial para cualquier identidad positiva y la identidad positiva se sitúa en una relación de superioridad con respecto a la negativa. La supuesta falta de racionalidad de las mujeres ha sido históricamente no sólo una justificación para negarles la educación o la ciudadanía, sino que también ha servido para presentar a la razón como una función de la masculinidad. Las fronteras entre lo público y lo privado no han reflejado los roles existentes de hombres y mujeres, sin que más bien los han creado. El mapa imaginado de los territorios de género se ha convertido en el referente no sólo para la organización social sino para los significados (sociales, culturales, psicológicos) de las diferencias entre los sexos. Si los significados de la diferencia se crean mediante el contraste de categorías, dentro mismo de las categorías las identidades coherentes son producidas mediante la negación de las diferencias. Así, en tanto la categoría "mujeres" ha servido históricamente para consolidar a los movimientos feministas,

¹⁰ Geertz, Clifford. (2000) "The World in Pieces: Culture and Politics at the End of the Century", en Clifford Geertz *Available Light*. Princeton: Princeton University Press, págs. 218-63.

¹¹ Riley, Denise. (2000) *The Words of Selves: Identification, Solidarity, and Irony*. Stanford: Stanford University Press, pág. 176.

también ha puesto en un lugar secundario a la raza, la clase, el origen étnico, la religión, la sexualidad y la nacionalidad, como si estas distinciones entre nosotras (así como las jerarquías que conllevan) importaran menos que las similitudes físicas que compartimos. Por lo menos desde los ochenta, los estudios feministas han aprendido a realizar distinciones sutiles a lo largo de múltiples ejes de diferencia. (A menudo este aprendizaje ha sido doloroso, pensemos en los amargos desafíos de las mujeres de color a la hegemonía de las mujeres blancas, de las lesbianas a la normativa heterosexual del feminismo dominante, o de las mujeres de Europa del Este a la supuesta superioridad de la teoría feminista occidental.). En la actualidad, los estudios feministas no presumen relaciones fijas entre individuos, sino que las consideran **efectos** mutables de dinámicas del poder temporal, cultural e históricamente específicas. El mantra "raza, clase, género" fue una forma de hacer un tratamiento temático de lo que de hecho es un enfoque analítico mucho más amplio (por lo tanto tomándolo rígido y disminuyendo su capacidad de aplicación). Lo importante de este enfoque son las premisas, y son ellas las que necesariamente dan sentido a las lecturas detalladas de situaciones específicas. Si hay algo que puede llamarse metodología feminista, podría resumirse en las siguientes afirmaciones axiomáticas: no existe ni una identidad individual ni una identidad colectiva sin un otro, no existe la inclusividad sin la exclusión, no hay universal sin un particular descartado, no hay neutralidad que no privilegie un punto de vista interesado, y el poder siempre está en juego en la articulación de estas relaciones. En otras palabras, podríamos decir que todas las categorías realizan algún tipo de trabajo productivo: las preguntas son ¿cómo? y ¿para qué?

Necesitamos esta metodología feminista en la crisis actual. Debería alertarnos acerca de la división binaria del mundo en el bien y el mal y de la evocación fantasmagórica de una milenaria cruzada hasta la muerte del Islam contra Occidente, aun si viene de la mano de intelectuales respetados como Samuel Huntington y Bernard Lewis.¹² Cómo se parecen estas predicciones a aquellas fantasías misóginas de mujeres sexualmente desenfrenadas que pondrían al mundo de cabeza: la razón amenazada por la pasión, el orden por el desorden, la tolerancia liberal consumida por el fanatismo desenfrenado, la ilustración amenazada por las oscuras fuerzas del sexo y la superstición: conflictos primarios (imaginados como castración o incorporación) presentados como eternos, pronosticando el fin de los tiempos. De hecho, esta manera de pensar es el fin de la historia y de la política.

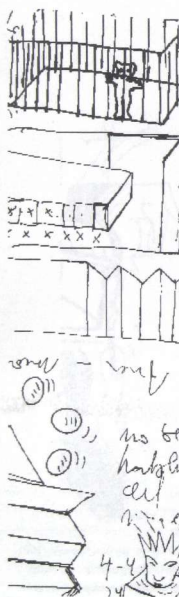
Consideremos el conflicto entre Palestina e Israel, planteado como un encuentro entre dos fuerzas opuestas e iguales: judíos y terroristas (palestinos). Aprovechándose del 11 de septiembre, Ariel Sharon y otros han incluido este conflicto muy particular del Medio Oriente en el guión maniqueo global. La retórica oficial israelí y la norteamericana no toma en cuenta los detalles significativos, o la dinámica política de una relación desigual: los efectos de la ocupación israelí (a la que en los últimos tiempos sólo puede llamarse una forma de terrorismo de estado), de la constante expansión de los asentamientos israelíes que desafían abiertamente los acuerdos de



¹² Lewis, Bernard. "The Revolt of Islam", *The New Yorker*, noviembre 19, 2001. Huntington, Samuel. *The Clash of Civilizations?* Disponible en <http://www.coloradocollege.edu/dept/PS/Finley/PS425/reading/Huntington1.html>.

Oslo y otros, de las humillaciones y privaciones que diariamente han sufrido por años los palestinos dentro de Israel y en la Franja Occidental y Gaza. En su lugar, se muestra a Israel como una víctima inocente de la furia palestina, basándose en una asociación de los judíos con el Holocausto, que no resulta apropiada en esta situación. Es verdad que sí hay ataques terribles e inexcusables a civiles israelíes, pero el estado de Israel no es una víctima, es una poderosa potencia militar, una fuerza de ocupación. Sin excusar ni aprobar los bombardeos suicidas, podemos interpretarlos como armas de los débiles; síntomas de terribles injusticias, que incluyen negar a los palestinos el tipo de cimientos institucionales que les permitiría dedicarse a formas alternativas (y más pacíficas) de hacer política e incluso en formas más aceptadas de hacer la guerra. ¿Acaso debe sorprendernos que aquéllos que son tratados brutalmente respondan de la misma manera? ¿Que aquéllos que son excluidos de la ley se comporten ilegalmente? (Los palestinos no son ciudadanos de pleno derecho dentro de Israel ni tienen un estado propio.) Existen diferencias innegables entre las sufragistas inglesas y los ataques suicidas y no es mi intención equipararlos de ninguna manera, pero ¿acaso el mensaje de las sufragistas inglesas que incendiaban y rompían ventanas a comienzos del siglo veinte no era que no esperaran un comportamiento respetuoso de la ley de aquéllas a las que no se les permite hacer leyes? Y la reacción actual que considera cualquier protesta por parte de los palestinos como inherentemente terrorista ¿no es análoga a la que consideraba las acciones violentas de las feministas como prueba de la naturaleza histérica de las mujeres, como si el terrorismo fuera un rasgo esencial de los palestinos?

No es tan solo que la oposición del bien contra el mal elimina las condiciones particulares de este conflicto y enmascara las enormes desigualdades entre ambos lados. También dificulta que se distingan y se oigan las diferencias dentro de cada campo que buscan impugnar estas políticas. En la representación norteamericana-israelí del conflicto, todos los judíos son equiparados a la Israel de Sharon; todos los palestinos con Arafat. (Y al mundo no le cabe otra posibilidad que aceptar a estos dos hombres como los únicos representantes posibles de sus respectivos bandos.) Si alguien critica la política de Israel, es antisemita; si alguien cree que el tema de Palestina es un caso justo, es un apologista del terror. De una manera perversa, esta categorización reduccionista ha abierto nuevos espacios para la expresión de un antisemitismo tradicional: los judíos como grupo se han convertido en blanco no sólo para aquellos que se oponen a las acciones de Israel, sino para los racistas que por mucho tiempo han odiado a los judíos. Y ha privado de su voz a otros que no son antisemitas, sino críticos de Israel. Así fue que en abril un judío francés que fue a una manifestación en París organizada para repudiar los ataques a las sinagogas, se encontró con que era un acto pro-Israel. Como este hombre consideraba que el gobierno de Sharon había contribuido a provocar los ataques, no podía participar, como le dijo con tristeza a un periodista. Y no había otro lugar donde manifestarse. Obviamente ha habido intentos de desafiar estas categorizaciones: muchos europeos y sus líderes rechazan las oposiciones simplistas y reclaman una comprensión más histórica del conflicto (aunque han sido implacablemente denunciados como antisemitas por Benjamin Netanyahu y Ariel Sharon). Y existen una serie de peticiones firmadas por judíos que deliberadamente invocan su identidad grupal para disociarse de las políticas de Israel. Sin embargo, al menos en EE.UU., la presión abrumadora apunta a desplegar categorías esencialistas, a homogeneizar la identidad,



a convertir la diferencia en una cuestión de cualidades morales, en lugar de una cuestión de historia y política. Como feministas sabemos que no importa qué forma asuman, las trampas del esencialismo en última instancia perpetúan las desigualdades y militan contra el cambio. No es necesario que las mujeres sean el objeto explícito del debate, para que nosotras pongamos en práctica nuestra analítica del poder para que sea de utilidad.

Sin embargo, cuando realmente es así, cuando las mujeres se convierten en el objeto de las campañas de las fuerzas del bien contra las fuerzas del mal, es importante que utilicemos nuestras metodologías para analizar lo que está sucediendo. El intento cínico de convertir a la guerra en Afganistán y la amenaza de guerra contra Iraq en una cruzada a favor de la emancipación de las mujeres no debería confundir a las feministas, y no sólo porque la preocupación por los derechos de las mujeres no fue exactamente una prioridad de la administración Bush antes del 11 de septiembre. Más bien, lo que alimenta nuestro escepticismo es comprender las formas en que funcionan las categorías de opuestos para eliminar la contradicción y crear una ilusión de homogeneidad (todos los que estamos del lado de los buenos debemos creer las mismas cosas). La equiparación entre terrorismo y opresión de las mujeres borra cualquier problema existente en el lado de los buenos (donde no hay terrorismo, se entiende que no existe la opresión de las mujeres) y recluta el apoyo de algunos críticos potenciales internos (feministas, progresistas, defensores de los derechos humanos). "La lucha contra el terrorismo también es una lucha por los derechos y la dignidad de las mujeres", le dijo Laura Bush a la nación en su discurso radial en noviembre de 2001. "La brutal opresión de las mujeres", dijo, "es el objetivo central de los terroristas." "No todos los musulmanes son terroristas", agregó (marcando una distinción que ni antes ni ahora hacen el FBI o el Departamento de Justicia de los EE.UU.), "sólo los terroristas y los talibanes prohíben la educación a las mujeres. Sólo los terroristas y los talibanes amenazan con arrancarles las uñas a las mujeres si utilizan esmalte de uñas."¹³ (Así se cubren todas las opciones: las feministas de la igualdad consiguen la educación, las feministas de la diferencia, ¡esmalte de uñas!) Para reafirmar lo dicho, el Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, se unió al coro y atribuyó las nuevas libertades de las mujeres afganas a nuestras "recientes victorias militares contra los talibanes". No sólo se habían abolido los códigos represores en cuanto a la vestimenta, alardeó, sino que se había puesto fin a la golpiza de mujeres por el "crimen de reír en público".¹⁴ (Me cuesta imaginar a las mujeres afganas riendo —en público o en privado— mientras las bombas norteamericanas arreciaban sobre sus aldeas. Y también me pregunto qué nos indica eso de convertir la risa de las mujeres en público en un símbolo de su libertad sobre la imaginación de Rumsfeld y sobre su concepto de derechos.) Con esto no quiero decir que los talibanes trataban bien a las mujeres, sino que estas ecuaciones simplistas del bien y el mal, la virtud y el terror, nosotros y ellos, no ofrecen

¹³ Discurso radial de Laura Bush a la Nación, difundido en noviembre 17, 2001. Disponible en <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2001/11/200117.html>.

¹⁴ Rhem, Kathleen. "Women's Rights a Priority; Humanitarian Aid Improves." American Forces Information Service News Article, disponible en www.defenselink.mil/news/Nov2001/n11192001_200111197.html.

diagnósticos creíbles o soluciones a los problemas de las mujeres afganas (o, para el caso, de ninguna mujer). Lo que es más, promueven una cierta visión de las mujeres como víctimas, en especial de las "otras" mujeres (del Tercer Mundo, de Medio Oriente, del Islam) como si necesitaran que Occidente las salvara. Siguiendo nuestras propios descubrimientos teóricos, inevitablemente esto crea una jerarquía que promueve y refuerza no sólo una idea de superioridad occidental, sino de la superioridad de las mujeres occidentales: la antigua relación colonial emerge intacta, una operación de dominación bajo el disfraz de una misión de salvación. Lila Abu-Lughod nos previene contra la fuerte seducción que ejercen estas campañas de rescate: "Cuando salvas a alguien", nos recuerda, "lo estás salvando de algo. También lo estás salvando para algo. ¿Qué violencias están implicadas en esta transformación? ¿Y qué suposiciones se hacen acerca de la superioridad de aquello para lo cual salvas a alguien? Ésta es la arrogancia que las feministas deben cuestionar."¹⁵

La justificación de la guerra en Afganistán en términos de la salvación de las mujeres tuvo una resonancia aún mayor. No sólo reconfiguró un combate geopolítico complejo—en el que los oleoductos, entre otros asuntos materiales, jugaron un papel importante—en una simple batalla contra el terrorismo. También utilizó reconocidas referencias de género para articular las relaciones de poder entre protector y protegido. Como feministas tenemos razón en ser escépticas de entregar nuestro destino a aquéllos que nos ofrecen protección y que justifican sus acciones (ya sea agresivas, represivas, o simplemente decididas sin consulta previa) en nombre de nuestra propia seguridad. De hecho, una de las críticas de los talibanes es que justificaban su trato hacia las mujeres como "protección". Como afirmó Iris Young, la lógica central de este tipo de protección es machista y supone "la relación subordinada de aquéllos que ocupan la posición de protegidos. A cambio de la protección masculina, la mujer entrega su autonomía de decisión y su capacidad para distanciarse críticamente".¹⁶ Haciendo extensivo el análisis, Young argue que por más benigno que parezca, la protección auspiciada por el Estado deniega a los ciudadanos el papel que deben jugar en las sociedades democráticas.

«A través de la lógica de la protección, el Estado degrada a los miembros de una democracia al estado de dependientes. Los funcionarios del Estado adoptan la postura del protector masculino, instándonos a confiarles nuestra vidas, a no cuestionar sus decisiones sobre lo que nos mantendrá a salvo. Su posición de protector nos coloca a nosotros, los ciudadanos y residentes que dependemos de su fortaleza y vigilancia para nuestra seguridad, en la posición de mujeres y niños a cargo del protector masculino. Dado que ellos corren los riesgos y organizan la agencia del Estado, es prerrogativa suya determinar los objetivos y los medios de la acción protectora. En un régimen de seguridad no hay lugar para poderes separados y compartidos, ni para el cuestionamiento y la crítica a las decisiones y órdenes del protector. La buena

¹⁵ Entrevista de Asia Source con Lila Abu-Lughod. Entrevista de Nermeen Shaikh. Disponible en http://www.asiasource.org/news/special_reports/lila.cfr.

¹⁶ Young, Iris. "Masculinist Protection and Feminist Citizenship: A Critique of the Security Regime". Ponencia inédita presentada en el Congreso de Mujeres y Ciudadanía, Washington University, St. Louis, abril 13-13, 2002, pág.4.

ciudadanía en un régimen de seguridad consiste en la obediencia cooperativa por el bien de la seguridad de todos.¹⁷

Las relaciones establecidas por la lógica de la protección son múltiples y complejas: el protector son los EE.UU. y, por lo tanto, las mujeres norteamericanas también ocupan el lugar de protectoras del resto del mundo. Sin embargo, a nivel interno, las mujeres junto con la mayoría de la población se encuentran en la posición femenina de dependencia y subordinación al gobierno de George W. Bush. El punto de vista de este gobierno se convierte en el único verdadero, aun si los hechos deben ser fabricados por una agencia especial del Departamento de Defensa (una propuesta que, como todos recordarán, fue hecha y descartada en los primeros días de la guerra en Afganistán). Una de las premisas del feminismo a lo largo de los años ha sido que la igualdad para las mujeres significa mayor y mejor democracia. "Una democracia sin mujeres no es democracia", fue el eslogan de las feministas de la Unión Europea en los ochenta y los noventa. La validez de este reclamo parece confirmar el análisis de Young sobre régimen de seguridad y su lógica de protección. La dependencia y la subordinación jamás representan los mejores intereses de los protegidos porque imposibilitan la participación real, denegando la agencia y silenciando aquellas voces que puedan tener algo diferente para proponer.

Reverberaciones

Necesitamos el análisis feminista de las categorías de la identidad no sólo para detectar los diferenciales de poder construidos por las oposiciones binarias que se presentan como eternas, naturales y universales, sino también para contextualizar e historiar estas categorías. La metodología feminista nos ha enseñado a preguntarnos acerca de la variación, la diferencia y el conflicto cada vez que se nos presentan sujetos cuidadosamente armados. Y no sólo cuando se trata de "hombre" y "mujer". Es nuestro deber suponer—basadas en nuestra metodología y aun cuando no seamos especialistas en la materia—que no existe ni un Islam uniforme, ni una única entidad llamada Medio Oriente. Éstas son etiquetas políticamente convenientes que enmascaran las variedades de Estados y regímenes de la región, así como de movimientos religiosos, incluyendo a los feminismos islámicos que ofrecen nuevas interpretaciones del Corán para legitimar sus demandas de cambio en la condición de las mujeres. Son estos feminismos, extraños para nuestras tradiciones de individualismo secular, los que necesitan un cierto reconocimiento y autonomía, tal como nos lo recuerda Fatima Gailani, miembro actual del Gran Consejo que delibera sobre la reconstrucción política de Afganistán. Ella urge a las feministas norteamericanas a que presionen por una política exterior en los EE.UU. que no "salve" a las mujeres afganas para nuestros valores, sino que contribuya a crear los tipos de condiciones que les permita a ellas participar plenamente en debates necesariamente apasionados sobre el futuro de su propio país.¹⁸

¹⁷ *Ibid.*, pág. 11.

¹⁸ Comentarios del Foro de Inauguración sobre "Mujeres en Afganistán" en Brown University, mayo 25, 2002

Hemos aprendido —algunas veces con gran dificultad— a reconocer estos feminismos tan diferentes, a aceptar el hecho de que el feminismo se refiere a una multiplicidad de movimientos muchas veces encontrados. Lo global / local, incluso con esas flechas bidireccionales, no llega a capturar su significado. Puede que haya una esencia de sentido reconocible, pero el feminismo (como cualquier concepto de esa naturaleza) debe ser comprendido como si fuese una traducción. Anna Tsing nos ha dicho que éstas son siempre “traducciones infieles” ya que las diferencias lingüísticas y culturales, así como los usos específicos afectan los sentidos de los términos.¹⁹ “Eco” podría ser una metáfora más acertada que traducción para designar la mutabilidad de palabras o conceptos, porque es más móvil y connota no sólo una repetición distorsionada sino también movimiento en el espacio y el tiempo: historia.²⁰ Tal vez en estos días de transmisión cataclísmica, sería todavía mejor hablar de reverberaciones, ondas sísmicas expansivas saliendo de epicentros dispersos, dejando a su paso formaciones geológicas modificadas. La palabra reverberación conlleva el sentido tanto de causas de regresión infinita —las reverberaciones son nuevos ecos, sucesiones de ecos—, como de efecto: las reverberaciones son también repercusiones.

Me viene a la mente la reverberación, creo yo, porque en estos tiempos es la mejor manera de caracterizar circuitos de influencia. Se aplica muy bien al caso de Francia, en donde he seguido el exitoso esfuerzo feminista, en junio de 2000, para promulgar la ley de la paridad que establece que un número igual de hombres y mujeres se presenten a cargos electivos. Los sucesos del 11 de septiembre y el conflicto en Medio Oriente han significado un retroceso en la implementación de la paridad por lo siguiente: en las recientes elecciones presidenciales de Francia, el nacionalista de derecha Jean-Marie Le Pen obtuvo un resultado lo suficientemente fuerte como para asegurarse una segunda vuelta electoral. El llamado de Le Pen era anti-inmigrante, lo que en Francia significa anti-musulmán. El alcalde de una de las ciudades industriales que votó masivamente por el Frente Nacional explicó que la hostilidad hacia los inmigrantes musulmanes, que constituían entre el 15 y el 20% de la población local, se había intensificado en los meses recientes. “Lo que pasó en Nueva York, Afganistán y en el Medio Oriente ha profundizado la división religiosa aquí, dijo.” [Seguramente Francia no es el único lugar en el que las tensiones locales se han reformulado en términos de “inseguridad”, frente a las amenazas del terrorismo (que ahora incluye todo, desde la delincuencia juvenil, a los movimientos de resistencia dentro de estados autoritarios) y cuyos resultados electorales (una fuerte representación de la extrema derecha) han repercutido en el frente doméstico e internacional. En un esfuerzo por evitar las victorias legislativas del partido de Le Pen, los partidos de centro y de izquierda en Francia decidieron no implementar la paridad en su selección de candidatos para las elecciones a la



¹⁹ Tsing, Anna. (1997) “Transitions as Translations”, en Joan W. Scott, Cora Kaplan, y Debra Keates, comps., *Transitions, Environments, Translations: Feminism in International Politics*. Nueva York: Routledge, pág. 253.

²⁰ Wallace Scott, Joan “Fantasy Echo: History and the Construction of Identity”, *Critical Inquiry* 27 (invierno 2001).

²¹ *New York Times*, mayo 3, 2002, pág. A12.

Asamblea Nacional, que se llevan a cabo este fin de semana. Como "es cuestión de ganar" comentó un líder partidario, el riesgo de tener mujeres candidatas es demasiado grande. Si una de las repercusiones del 11 de septiembre es un retroceso temporario para las feministas francesas, existen otras reverberaciones del propio movimiento por la paridad que siguieron un rumbo más positivo. Con el argumento de que la ciudadanía no sólo significa votar sino ocupar cargos, las mujeres desde México al Reino Unido, desde la India hasta los EE.UU. han estado presionando por leyes que aumenten el número de mujeres representantes. Aquí hay un ejemplo de una idea que se contagia, que se adapta a medida que circula, que funciona en forma diferente en distintos contextos.

Reverberación es una buena forma de pensar sobre esta circulación global de las estrategias feministas, sobre el feminismo en sí mismo, y también sobre el término analítico género. Por lo general se considera ambos términos —género y feminismo— como si tuvieran orígenes anglo-americanos, y de hecho para algunos críticos constituyen un ejemplo de la trayectoria unidireccional de la globalización, ya sea en la transmisión de bienes o de ideas. Así, el feminismo ha sido vilipendiado como una de esas mercancías "hecho en USA" que corrompen la cultura de las sociedades tradicionales, y el género (de procedencia similar) ha sido interpretado como una amenaza a las diferencias naturales o "divinas" entre los sexos. De hecho, ni el feminismo ni el género son homogéneos, ni siquiera en sus lugares de origen (si es que dichos lugares se pueden identificar); las formas que han tomado, los significados que se les han atribuido están adaptados a las circunstancias locales, que luego producen sus propias reverberaciones internacionales.

Tomemos el ejemplo del género, un término que emanó de los círculos feministas norteamericanos. Incluso aquí no existía un significado fijo, más allá de la idea de "sexo social". Hubo feministas que consideraban la diferencia sexual como algo dado, como el terreno en el que se construían luego los sistemas de género; había otras que consideraron la diferencia sexual como el efecto de prácticas discursivas "de género" históricamente variables. El primer enfoque enfatizó la distinción sexo / género y se concentró en "la construcción cultural", la asignación de roles, la atribución de características a individuos sexuados, dejando deliberadamente de lado la cuestión de la naturaleza. La investigación llevada a cabo tendió a ser empírica: historias de mujeres ejemplares, recuperación de escritoras y artistas mujeres, demostraciones estadísticas de la discriminación ocupacional y salarial, documentación del sexismo de médicos, sacerdotes, educadores y políticos. El segundo enfoque rechazó la dicotomía sexo / género, naturaleza / cultura. "Si se cuestiona el carácter inmutable del sexo" escribió Judith Butler "tal vez esta construcción llamada 'sexo' esté tan culturalmente construida como el género; de hecho tal vez siempre se trató de género, de lo que se desprende que la diferencia entre sexo y género termina por no existir en lo absoluto."²² Las investigaciones que se llevaron a cabo desde esta perspectiva interrogaban acerca de cómo se producía e institucionalizaba el conocimiento de la diferencia sexual, y con frecuencia se apoyó en la teoría pos-estructuralista y/o la psicoanalítica.

²² Butler, Judith. (1990) *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. New York: Routledge, pág. 7.

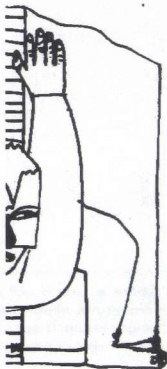
Sin embargo, la claridad de nuestras divisiones empírico-teóricas se desdibujaba a medida que las feministas en todo el mundo se apropiaron del término género, algunas veces traducéndolo (en ocasiones con gran dificultad), otras sin traducirlo. En ambos casos, hubo tensiones reveladoras, subversiones extremadamente interesantes en las que, por ejemplo, el sexo se convertía en género o el género en sexo²⁵. En Europa del Este, los diferentes usos teóricos del “género” estaban absolutamente relacionados con determinadas posiciones políticas. Aquellas que buscaban formas de rebatir las nociones conservadoras de la derecha acerca de hechos biológicos naturales o divinos, se apropiaron de las teorías que deconstruían las oposiciones binarias y enfatizaron la indeterminación y la variedad, así como la mutabilidad, de las diferencias atribuidas al sexo biológico. Por el contrario, aquellas que lidiaban con los conservadurismos de izquierda que consideraban que la igualdad significaba la obliteración de la diferencia (por lo general subsumiendo a las mujeres en la categoría “Hombre”), buscaron las formas de convertir la diferencia sexual y las desigualdades sociales que ésta genera, en una premisa central de su pensamiento teórico y un hecho manifiesto de la vida. Para ellas, la documentación estadística fue de crítica importancia para que la política social pudiera ocuparse de las desigualdades de género. Y no importó si la diferencia sexual (o la naturaleza) era reconstruida en el proceso, ya que el punto era demostrar que en la actualidad el sexo es un terreno para el trato social no igualitario, y que nunca más debería serlo en el futuro. En relación con las condiciones locales particulares, las feministas en los distintos países del pos-comunismo se enfrentaron a diversas constelaciones de ese conservadurismo; según sus políticas, ellas combinaron diferentes enfoques teóricos para elaborar sus estrategias. Estas nuevas combinaciones luego repercutieron más allá de las fronteras internacionales, en los foros de las Naciones Unidas y otros, pasarían a ser recogidos y readaptados a nuevas circunstancias debido a otras razones estratégicas.

Podemos contar historias similares sobre las reverberaciones del feminismo. Quisiera mencionar dos. La primera es sobre Julia Kristeva, con frecuencia considerada como “una feminista francesa” (junto a Hélène Cixous y Luce Irigaray). En los debates entre las feministas norteamericanas de los años ochenta, el “feminismo francés” era equiparado a las teorías pos-estructuralistas del lenguaje y el psicoanálisis y al énfasis en la diferencia, contraponiéndolo a un feminismo anglo-americano más empírico y científico-social, que enfatizaba la igualdad. Obviamente, este contraste ocultó muchas cosas, entre ellas la cantidad de intelectuales y activistas francesas abocadas a las ciencias sociales y a la igualdad y la cantidad de anglo-americanas que adoptaron el pos-estructuralismo. Tal vez lo que es aún más interesante, es que borró una historia de fertilización cruzada que no sólo pone en tela de juicio la oposición francesa/norteamericana, sino también una que se produjo sobre todo en los años noventa, entre el feminismo occidental y el de Europa del Este. Julia Kristeva nació y se educó en Bulgaria, donde comenzó su carrera como intérprete de Mikhail Bakhtin. Como una forma de cuestionar el dogma estalinista, Bakhtin desarrolló su versión historizada del estructuralismo (una variante de la semiótica estructuralista de Iuri Lotman y del estructuralismo de

²⁵ Nikolchina, Miglena “Translating Gender: The Bulgarian Case”. Trabajo inédito.

Roman Jakobson, para nombrar sólo algunos de aquellos que trabajaron este campo en esa época). El énfasis de Bakhtin en la lectura formal del texto tenía como fin reemplazar las burdas caracterizaciones sociológicas del oficialismo soviético sobre las producciones culturales y artísticas. La propuesta de que los significados se establecen dialógicamente contradecía las creencias del estado comunista de que el lenguaje podía ser vigilado, y los signos controlados.²⁴ Kristeva fue a París, donde volcó la noción bakhtiniana de la polifonía en los debates del estructuralismo francés de mediados de los años sesenta, y acuñó el término “intertextualidad” para darle (según sus palabras) “dinamismo al estructuralismo”²⁵ Aquello que luego se conoció como feminismo francés, entonces, estuvo crucialmente influenciado por movimientos filosóficos que se opusieron al comunismo en el “Este” y por una teoría que no proponía la pugna de las diferencias sino la interacción como la base para la comunicación.

Esta historia socava la supuesta superioridad que para las “europeas del Este” ostentaban aquellas “feministas occidentales” que en los años noventa proponían lo que se dio en llamar en singular “teoría feminista”, como la solución a los problemas de las mujeres en la era pos-comunista. La historia más compleja de los años setenta es que, mientras que algunas feministas inglesas y norteamericanas buscaban reconciliar marxismo y feminismo (en el contexto de la Nueva Izquierda), las feministas “del este” que participaban en movimientos de resistencia rechazaban la teoría oficial de los estados comunistas adoptando distintas versiones del estructuralismo y luego del pos-estructuralismo. Como lo ha demostrado Miglena Nikolchina, ya había mucha teoría en el “Este” antes y después de la caída del comunismo y algunas corrientes del feminismo “occidental” ya habían sentido sus reverberaciones.²⁶ Sin embargo, la diferenciación tajante entre “el Este” y “Occidente” propiciada en los noventa, con frecuencia atribuía a Occidente la teoría y dejaba que el Este llenara los espacios en blanco con los datos empíricos. (Las fundaciones occidentales –Soros, Ford—exacerbaron el problema pagando únicamente por traducciones de escritos feministas occidentales a los idiomas hablados en el Europa del Este.) Esta división entre el “Este” y “Occidente” y el consiguiente borramiento de la historia—la historia intelectual general de la región y las historias particulares, tanto intelectuales como políticas, de las muchas variantes del comunismo en Polonia o Hungría o Yugoslavia—tuvo muchas repercusiones. Éstas abarcaron un espectro que fue desde las tensiones en la Red Feminista Este / Occidente a las acciones mucho más desestabilizadoras de Catherine MacKinnon a favor de las mujeres croatas violadas. Sin conocer la complejidad de las política yugoslava y de las vapuleadas redes feministas multiculturales que operaban en la región, MacKinnon terminó aliándose con los



²⁴ Engelstein, Laura. “Culture, Culture Everywhere: Interpretations of Modern Russia, across the 1991 Divide”. *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 2(2), Primavera 2001, págs. 363-93.

²⁵ Dosse, François. (1997) *History of Structuralism*. Minneapolis: University of Minnesota Press, pág. 55.

²⁶ Nikolchina, Miglena. “The Seminar: Mode d’Emploi”. *differences*, 13:1 primavera 2002.

nacionalistas croatas, cuyo interés por las mujeres violadas no pasaba de sus propias fronteras y no les impedía apoyar las violaciones de las mujeres bosnias o serbias como actos de guerra legítimos. La acción de MacKinnon tuvo repercusiones: en tanto obviamente concentró la atención en un aspecto de las aberraciones de la limpieza étnica, perdió sin embargo la oportunidad de hacer una crítica del nacionalismo virulento que la alimentaba, e hizo peligrar aún más la vida de las feministas yugoslavas que intentaban propiciar esa crítica. Entre ellas había feministas que, desde 1991, se habían volcado a las calles, semana tras semana, en una protesta silenciosa. Se las conoce como Mujeres de Negro y la suya es la segunda historia sobre las reverberaciones del feminismo que quiero contarles.

Mujeres de Negro comenzó en 1988 en Jerusalén (en la época de la primera Intifada), por iniciativa de las mujeres que se oponían a la ocupación de Gaza y la Franja Occidental. "Una vez por semana, a la misma hora y en el mismo lugar—una de las intersecciones de tráfico más importantes—[un grupo de mujeres de negro levantaba un cartel con la forma de una mano que decía 'Detengan la Ocupación'.²⁷ La idea se difundió rápida y espontáneamente a otros lugares de Israel..." donde mujeres palestinas y judías muchas veces se paraban juntas, y luego a otros países, en los que se realizaban vigiliadas en solidaridad con las acciones de las mujeres israelíes. "Aproximadamente en 1990", según consta en la página de la organización en Internet, "las vigiliadas de Mujeres de Negro cobraron vida propia". Se llevaban a cabo en muchos países y con frecuencia no tenían relación con la ocupación israelí. En Italia, Mujeres de Negro protestaban contra la violencia de la Mafia; en Alemania se oponían a los ataques neonazis contra trabajadores inmigrantes. En la India, llamaban a terminar con el maltrato hacia las mujeres de los fundamentalistas religiosos. Desde 1991, en la ex Yugoslavia—en Belgrado y luego en Zagreb y otras ciudades—Mujeres de Negro se han opuesto al nacionalismo étnico que sumergió al país en la guerra y que aún hoy sigue definiendo la política en la región. Hace muy poco tiempo, en mayo de 2000 en Fiji, Mujeres de Negro surgió para oponerse al derrocamiento del gobierno elegido democráticamente.²⁸ En la actualidad, se realizan regularmente al menos 123 manifestaciones de Mujeres de Negro en todo el mundo, algunas en los centros de conflicto y otras en otras partes, en solidaridad con las vigiliadas. Algunas de las vigiliadas han adquirido una cierta permanencia—sus miembros incluso han realizado encuentros internacionales—, mientras que otras surgen y desaparecen a medida que los hechos lo requieren. Su impacto varía, en parte dependiendo de su proximidad con la violencia a la que se oponen. Es más difícil y peligroso para las Mujeres de Negro en Israel y en Serbia o Kosovo, que para aquellas que las apoyan en Londres o Nueva York. (excepto, por supuesto, que aparezcan *in situ*, como hicieron algunas en Ramallah el invierno pasado, o cuando después del 11 de septiembre, en San Francisco, fueron objeto de una

²⁷ Esta cita y lo que sigue está citado o basado en "What is Women in Black?". Disponible en <http://central.dot.net.au/~jcastle/sib/whatiswib.html>.

²⁸ "Women in Black campaign, Fiji". Disponible en <http://www.converge.org.nz/pma/fiwib.html>.

investigación del FBI porsus "conexiones internacionales" pro-palestinas.²⁹ Cuanto más lejos se encuentran de las políticas específicas a las que se oponen, más difícil es apuntar a blancos políticos claros, tal como lo descubrieron las Mujeres de Negro en Londres cuando se reunieron para protestar por los bombardeos de la OTAN sobre Serbia/Kosovo.³⁰ Ellas aprendieron que el objetivo abstracto de la paz era fácilmente desviado hacia otros objetivos, y por eso suspendieron su manifestación cuando se encontraron paradas al lado de manifestantes nacionalistas que apoyaban a Milosevic y a los serbios. Sin embargo, es evidente que como movimiento internacional, Mujeres de Negro ha logrado un cierto reconocimiento como fuerza política. En el 2001, una mujer de Belgrado y otra de Kosovo aceptaron el Premio por la Paz del Milenio para Mujeres, otorgado por las Naciones Unidas a la Red Internacional de Mujeres de Negro. Y el año pasado, Mujeres de Negro fue nominada por miembros parlamentarios de Dinamarca y Noruega para el Premio Nobel.³¹

Es difícil imaginar que estos premios se otorguen a un fenómeno que no es una organización claramente discernible. Pues lo más increíble de Mujeres de Negro es que es una estrategia de improvisación, desplegada a nivel local, pero no una rama de una asociación centralizada. En sus propias palabras, Mujeres de Negro es "una red flexible de mujeres en todo el mundo comprometidas con la paz con justicia y que se oponen activamente a la guerra y a otras formas de violencia", no en abstracto sino en situaciones específicas. No constituyen una organización, sino (citando sus palabras) "una forma de movilización y una fórmula para la acción".³² Los medios prácticos para la movilización son los teléfonos y las listas de correo electrónico, cadenas de afiliación entre los individuos. Los medios simbólicos son el ejemplo que otras han ofrecido: una agencia paradójica frente a un poder opresivo. Es paradójica porque el testigo mudo, no violento, denota la impotencia en tanto ofrece un mensaje de paz como la única alternativa racional a la catástrofe. La acción es la misma (todas mujeres, todas de negro, paradas en silencio y en paz en un lugar público en un día y hora predeterminado), pero su objetivo varía dependiendo del contexto político sobre el que las mujeres han elegido actuar. Ellas están allí como feministas y no se auto-proclaman como conciliadoras de nacimiento. Sí arguyen que las mujeres "muchas veces son las receptoras de la violencia de género tanto en la paz como en la guerra, y [que] constituyen la mayoría de los refugiados". Sin

²⁹ Kapoor, Harsh "Women in Black lay down in front of tanks in Ramallah". Disponible en <http://www.sarai.net/pipermail/reader-list/2001-December/000982.html>; Kingston, Tim. "FBI Casting wide net in Sept. 11 attack investigation", San Francisco Bay Guardian, octubre 14, 2001. Disponible en <http://wlmil.org/english/new-archives/wib/wib-sf.html>.

³⁰ Cynthia Cockburn, "Being Able to Say Neither/Nor," Notas de una conferencia en un encuentro organizado por las Brigadas Internacionales de la Paz y el Consejo Nacional de la Paz, Londres, abril 14, 1999. Disponible en <http://www.arnehansen.adsl.dk/990426WiBCynthiaNeither-nor15-4-99.html>.

³¹ UNIFEM - Discurso de aceptación de las ganadoras del Premio por la Paz del Milenio 2001. Disponible en <http://www.unifem.undp.org/mpprize/winblackspch.html>.

³² "Women in Black". Disponible en <http://www.chorley2.demon.co.uk/wib.html>.

de la primera y la segunda ola (entre ellos, Greenham Common) y, todavía hoy, es para algunas lo que hace posible la sororidad global.⁵⁴ Aunque Mujeres de Negro se cuida mucho de hacer un llamamiento para la acción, o de proclamar la unidad sobre la base del maternalismo, todavía parecen escucharse los ecos de ese esencialismo en estas manifestaciones exclusivamente de mujeres. Y lo son, testimonio del hecho de que las reverberaciones no son únicamente contemporáneas (se mueven horizontalmente alrededor del mundo), sino históricas (se desplazan verticalmente a través del tiempo). El feminismo está hecho de sus métodos, su teoría y su historia. Traemos nuestros pasados al presente, aunque nunca del todo. Si hemos ampliado el alcance de nuestra política mucho más allá de las protestas contra la discriminación de género, hemos hecho eco—no repetición—de una vieja reivindicación feminista de que los intereses de las mujeres eran los intereses de la sociedad. Hay reiteración, pero no una continuidad sin fisuras, porque la repetición en sí misma marca una diferencia—es una diferencia. Tal vez lo que distingue nuestra comprensión de la de nuestras predecesoras sea una conciencia de la inevitabilidad y omnipresencia de la diferencia. La diferencia como hecho de la existencia humana, como instrumento de poder, como herramienta analítica y como una característica del feminismo en sí.

Diferencia no como contraste marcado, sino como una sucesión de ecos, reverberaciones. Esta conferencia es una de esas reverberaciones. Toma su nombre y su inspiración de un conjunto de mujeres tenaces, dispuestas a alentar la camaradería universitaria y el intercambio intelectual entre ellas y a mejorar su situación dentro de la AHA. Aunque podemos identificarnos con la resistencia de Dorothy Fowler a Stanley Pargellis, admirar su persistencia y enviar en última instancia su paciencia, nuestro feminismo es diferente al de ella. Vivimos en un mundo diferente: un mundo poscolonial, pos-Guerra Fría, posmoderno. Es difícil encontrar la forma de detallar las diferencias que separan sesenta años de historia sin recurrir al pensamiento binario que he estado criticando a lo largo de esta charla. Sólo la distancia que impone el tiempo y la miopía que la acompaña nos permitirá describir la tarea de Fowler como más simple que la nuestra, nuestras herramientas como más afiladas que las suyas. Es por eso que reverberaciones es una mejor manera de pensar sobre nuestra relación con la historia feminista que vinimos a conmemorar y a practicar en los próximos días. Por lo general, las reverberaciones del feminismo no han tenido la fuerza de un terremoto, pero han creado todo tipo de alteraciones, lateral y longitudinalmente. Estas alteraciones nos entusiasman porque, de máxima, son intransigentes y transgresoras, paradójicas y subversivas. Y siempre dejan efectos a su paso: algunas veces visibles, otras imperceptibles, realineamientos y reconfiguraciones que son sociales, políticos y personales. Nos afectan íntimamente en nuestro ser: como mujeres, como ciudadanas y como actores estratégicamente situadas, marcando una diferencia en nuestros mundos.

Traducción de Alejandra Vassallo



⁵⁴ Citado en Bard, Christine. (1995) *Les Filles de Marianne: Histoire des féminismes 1914-1940*. Paris: Librairie Arheme Fayard, pág. 45.